

Ciencia y Farmacia en el franquismo: el Club Edaphos, vivero de investigadores en tiempos de José María Albareda

GUILLERMO REPARAZ; ROSA BASANTE POL Y ANTONIO GONZÁLEZ BUENO
 Madrid, Real Academia Nacional de Farmacia (Monografías, LXII), 2016, 196 pp.
 ISBN: 978-84-944103-6-9 Libro en formato e-book: <<http://doadrio.ranf.com/albareda/>>



Guillermo Reparaz
 Rosa Basante Pol
 Antonio González Bueno

Madrid, 2016



La figura de José María Albareda Herrera (Caspe, Zaragoza, 15 de abril de 1902 – Madrid, 27 de marzo de 1966), desde su puesto de Secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adquirió un papel central en la ciencia española del Franquismo. Fue él quien dirigió la marcha del CSIC, desde su creación en 1939, hasta su inesperado fallecimiento, consecuencia de un infarto de miocardio, cuando contaba 64 años de edad. Como resumen los autores de la monografía objeto de la presente reseña: “Ningún otro Secretario general del CSIC llegó a acumular el poder que José María Albareda había ostentado” (p. 174).

Licenciado en Farmacia (Madrid, 1923) y en Ciencias Químicas (Zaragoza, 1925), ganó en 1928 la cátedra de Agricultura del Instituto de Segunda Enseñanza

de Huesca, si bien no llegó a ocuparla al conseguir su primera pensión de la JAE, que le permitiría continuar su formación en Alemania y Suiza. Durante la Guerra Civil es admitido en el *Opus Dei* y se integra en la estructura franquista. Su pertenencia a la prelatura fundada en 1928 por Josemaría Escrivá de Balaguer va a posibilitar el que, una vez terminada la contienda, acumule numerosos cargos y reconocimientos: catedrático de Mineralogía y Zoología de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Madrid (1940; la cátedra se transformó en 1944, en Geología aplicada); académico de las Reales Academias de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (1941), de Farmacia (1941) y de Medicina (1952) y Rector de la Universidad de Navarra (1960), entre otros.

Son muy pocos los científicos españoles contemporáneos que han merecido la atención de tantos trabajos, como lo ha sido la vida y obra del sacerdote caspolino (fue ordenado sacerdote en 1959). Desde el ya “clásico” de Enrique Gutiérrez Ríos, que tituló *José María Albareda, una época de la cultura española* (Madrid, Novelas y Cuentos, 1970), y que fue galardonado con el Premio “José María Albareda” en el concurso convocado por el CSIC en 1967, hasta el presente, pasando por los numerosos homenajes que tuvieron lugar en el 2002, al cumplirse el centenario de su nacimiento. Sin duda, en ello ha pesado más su labor como gestor dentro del CSIC, que su actividad científica como edafólogo.

Y, sin embargo, en el libro que comentamos, y que centra su atención en el *Club Edaphos*, “una de las agrupaciones más proliferas y menos conocidas de la Ciencia española del franquismo” (p. 62), se dicen todavía muchas cosas nuevas y se aclaran muchos aspectos de esta agrupación, incidiendo en los componentes de la misma, en qué hacían y en cómo iniciaron su actividad. Para ello, los autores han consultado los expedientes académicos conservados en la Facultad de Farmacia de Madrid —donde se gestó el *Club*—, la documentación que se conserva en diferentes Archivos (General de la Universidad Complutense, Central del CSIC, General de la Administración, Universidad de Navarra y del Instituto de Ciencias Agrarias del CSIC —antes Instituto de Edafología y Fisiología Vegetal—) y han entrevistado a varios de los protagonistas. Un libro, por tanto, que ayuda a conocer y comprender la labor científica, no sólo de Albareda, sino también de algunos de los principales científicos españoles que iniciaron su actividad, en torno a él, en los primeros años del Franquismo.

Señalan los autores cómo, bajo la orientación de Albareda, una serie de estudiantes brillantes de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Madrid comenzaron una labor investigadora que les llevaría a alcanzar muy altas cotas. Los primeros nombres que apuntan son los de Julio Rodríguez Villanueva (1928-2017) y de Avelino Pérez Geijo (1921-1976) (p. 62), para unas páginas más adelante señalar que el grupo fundador del *Club Edaphos* quedaría definitivamente constituido por seis alumnos. Además de los dos citados (Rodríguez Villanueva y Pérez Geijo), se integraron Eugenio Laborda Rodríguez, Manuel Losada Villasante, Manuel Ruiz

Amil y Gonzalo Giménez Martín (p. 84). Los seis habían completado la licenciatura en Farmacia en 1952.

Entre otros extremos, se examina con gran detalle, en las páginas siguientes, las excursiones que llevaron a cabo los miembros del *Club* (pp. 85-87), las gestiones de Albareda para que sus discípulos *Edaphos* iniciasen sus respectivas tesis doctorales luego de estancias en el extranjero (pp. 90-103) y la consolidación del grupo (pp. 104-118). En la segunda “hornada” del *Club Edaphos*, aquella formada por estudiantes que habían finalizado la licenciatura en el curso 1954-55, figuraron las dos primeras mujeres: Isabel García Acha y Josefina Benayas Casares. Con ellas, se integraron tres varones: Claudio Fernández de Heredia, José María Rey Arnaiz y Antonio Martín Plaza. A esta promoción perteneció, también, Josefina Abián, si bien no llegó a realizar los cursos de doctorado.

Al diseño, por Miguel Fisac, y construcción del Centro de Investigaciones Biológicas, en la madrileña calle Velázquez, dedican los autores suficiente espacio. Subrayan que, en el nuevo Centro, se procuró la sustitución de los investigadores iniciales del CSIC, en su mayoría catedráticos de universidad, por los jóvenes de formación más puntera. El Centro era algo “nuevo, formal y estéticamente diferente, y estaba diseñado para la nueva Ciencia Biológica que se hacía en España, la realizada por los jóvenes investigadores del CSIC; entre otros, claro, los miembros del Club *Edaphos*” (p. 155). El Centro, una de las apuestas personales de Albareda, fue inaugurado en febrero de 1958 y, allí, se reencontraron los primeros miembros del *Club Edaphos* (pp. 155 -163).

No es menor el interés de los últimos apartados de la monografía, donde Reparaz, Basante Pol y González Bueno pasan revista al grupo de Julio Rodríguez Villanueva en la Sección de Bioquímica y de Microbiología del Suelo del Instituto Jaime Ferrán y, tras su integración en el Instituto de Biología Celular, en la Sección de Bioquímica de los Microorganismos; al de Bioquímica y Fisiología Celular, que dirigió inicialmente Manuel Losada; al equipo de Gonzalo Giménez que consiguió reconocimiento científico internacional en el campo de la Citología Vegetal.

Finalmente, como no toda la actividad del *Club Edaphos* se concentró en el Centro de Investigaciones Biológicas, pasan revista a otros *Edaphos*, como Eugenio Laborda Rodríguez que trabajó en entomología económica, en el Instituto de Entomología de Portici, en Nápoles (Italia) y Francisco Velasco de Pedro que lo hizo, con Philippe Duchaufour, en L’Ecole Nationale des Eaux et Forêts de Nancy (Francia). También, a la activa participación, de sus miembros, en la organización de sociedades científicas, si bien se ocupan de sólo dos de ellas, la Sociedad Española de Bioquímica y la Sociedad Española de Microbiología.

Alberto Gomis
Universidad de Alcalá